

## PROFUNDIDAD II: VIAJE ASTRAL

Literatura de anticipación. Literatura y anticipación. Imaginación premonitoria. Julio Verne y el viaje literario hacia la luna. Cien años después, ¡Tan sólo un siglo!, los Sputnik y Apolos sellando con Armstrong la imaginación concebida a lo “real”.

Siglo XX Bradbury, que ha poco ha fallecido, me hizo viajar con sus crónicas diarias hacia el planeta rojo cuando tenía alrededor de diez años. Por aquellas épocas de mi niñez, cuando acudía al baño llevaba conmigo el libro del norteamericano y leía específicamente el día que coincidía con las de la fecha *in situ*. Algunas veces resultaba jocosa esta fórmula, otras no. Ciertamente las lecturas de las *Crónicas marcianas* y *Fahrenheit 451*, comenzaron a sugerir cuestionamientos sobre las posibilidades del universo, la realidad, las distancias y la tecnología, para finalmente llegar a la pregunta cúspide: ¿Fue Dios quien hizo todo el universo?

Deseaba ir a contemplar un atardecer marciano con sus dos lunas florecer por el horizonte escarlata de las cordilleras rojizas. Me las imaginaba más suaves que las de Los Andes inmensos que tenía enfrente de mi casa. Nunca con nieve las imaginaba y posibles de subir sin mayor esfuerzo. Imaginaba al sol desde Marte y lo figuraba como un punto compacto y estático, más bien pequeño y completamente rojo. Cosas así proyectaba mi imaginación con los relatos interplanetarios de Ray.

Hoy la proyección imaginaria otra vez ha cedido. Una nave terrestre “aterizó”, más bien “amartizó”, luego de seis meses viajando virtual por las carreteras espaciales, comenzando a explorar según los noticieros, “territorio” marciano. Los reportes periodísticos señalan que la nave recogerá muestras de “tierra” marciana para estudiar la “geología” del planeta. Me pregunto si los científicos se habrán consultado sobre la terminología específica y “objetivamente científica” para referirse a Marte. ¿Cabe hablar ahí de *geología* o de *tierra* marciana?

No puedo dejar de recordar los *Diarios* de Colón y de los otros conquistadores cuando bautizaban las “cosas” del nuevo mundo americano. No puedo dejar de pensar en la obligación de las lecturas éticas de Habermas para no cometer los mismos horrores en la praxis de la acción comunicativa terrícola.

La mitología humana no tiene entrada, al menos desde el decir. El planeta ya arbitrariamente llamado “Marte” no ha nacido de una Gea ni menos de una Terra. Empresarios hablan ya de una *ruta* marciana y

de *tours* al planeta rojo. Esto no me sorprende porque ya me lo había anticipado la literatura de Bradbury. Quizás lo que más impacto me causaría, sería la transformación del lenguaje y del decir en Marte. Habrá la nueva oportunidad de refundar un “logos” humano. ¿Migraremos los terrícolas terribles hacia ese planeta humanamente bautizado como Dios Guerra?

Mientras tanto, lo seguiré observando a veces aparecer y desaparecer rojo rubí en la profundidad distal tras el vidrio helado de mi ventana nocturna. A sabiendas de esta costumbre humana de organizar el mundo, mañana es martes y debo levantarme a trabajar como cualquier terrícola.

(La Serena, abril, 2013)